Acán: El Peligro de Ocultar Pecados // Predicación Juan José Estévez

La promesa de la tierra prometida y el liderazgo de Josué

El libro de Josué relata el cumplimiento de una promesa que Dios no hizo directamente a la generación que la conquistó, sino a sus antepasados. La tierra prometida había sido anunciada a Abraham y reafirmada a Moisés, y pasaron generaciones antes de que se hiciera realidad. El pueblo de Dios tuvo que creer, esperar y finalmente actuar para apropiarse de aquello que Dios había prometido mucho tiempo atrás.

Josué, sucesor de Moisés, asumió el liderazgo en un momento complejo. Guiaba a un pueblo marcado por cuarenta años de frustración en el desierto, con recuerdos de incredulidad, quejas y temor. Aun así, fue llamado a conducirlos hacia la promesa, enfrentando obstáculos externos e internos, confiando plenamente en la fidelidad de Dios.

La fe como camino de confianza en Dios

La fe presentada en esta historia no es un camino racional ni científico, sino una experiencia de confianza total en Dios. Dios no actúa regalando soluciones inmediatas, sino ofreciendo oportunidades que exigen obediencia y dependencia. La fe es probada cuando Dios no quita los problemas, sino que da la gracia para enfrentarlos.

El evangelio es presentado como aquello que capacita al creyente para correr la carrera de la salvación. Dios no elimina las dificultades, pero acompaña al creyente en medio de ellas. Este enfoque desafía la mente humana, que busca respuestas rápidas, pero enseña que el crecimiento espiritual se produce al caminar confiando, no al recibir todo resuelto.

Las pruebas del pueblo de Dios en el desierto

Durante cuarenta años en el desierto, el pueblo de Israel vivió entre la promesa y la espera. Dios les había prometido una tierra llena de leche y miel, pero también llena de enemigos. La fidelidad de Dios se puso a prueba constantemente frente a la impaciencia y la frustración del pueblo.

Al llegar finalmente a la tierra prometida, el primer gran obstáculo fue el río Jordán, que se encontraba crecido y sin medios humanos para cruzarlo. No había puentes ni embarcaciones, lo que hacía evidente que la conquista no dependería de la capacidad humana, sino de la intervención divina.

Preparación espiritual y rituales de purificación

Antes de cruzar el Jordán, Dios llevó a Israel a una profunda preparación espiritual. Josué ordenó la circuncisión de los hombres que no habían sido circuncidados durante el desierto, usando cuchillos de piedra. Este acto simboliza cómo la palabra de Dios actúa como un cuchillo afilado que corta la carne y la perspectiva humana del corazón.

Este llamado a la circuncisión espiritual invita a los creyentes a cortar aquello que estorba la obra del Espíritu Santo. Josué también condujo al pueblo a celebrar la Pascua,

recordando la liberación de Egipto y reafirmando la necesidad de vivir por fe, dejando atrás la vida de pecado para caminar como hijos de Dios.

Transición a la vida en la tierra prometida

Después de cruzar el Jordán, el maná dejó de caer. Durante cuarenta años, Dios había provisto alimento diario, pero ahora el pueblo debía alimentarse de lo que la tierra ofrecía. Este cambio marcó una nueva etapa de fe, en la que debían buscar a Dios de manera personal y constante.

La búsqueda diaria de la palabra de Dios se vuelve esencial para la vida espiritual. Así como Israel aprendió a alimentarse de la tierra prometida, el creyente aprende a nutrirse espiritualmente de la presencia de Dios, siendo observado por otros que no comprenden la fuente de su fortaleza.

El impacto de la presencia de Dios en los pueblos vecinos

Los pueblos vecinos no veían a Israel como una amenaza militar. Sin embargo, todo cambió cuando Dios abrió el Jordán, repitiendo un milagro similar al del Mar Rojo. Este acto llenó de temor a los habitantes de la región, quienes comprendieron que Israel no avanzaba solo, sino precedido por un Dios poderoso.

La verdadera amenaza no era el pueblo, sino el Dios que iba delante de ellos. Este principio se aplica también a la vida del creyente: los enemigos no temen a la persona, sino al Dios que la acompaña cuando camina en obediencia.

El desafío de Jericó y la estrategia divina

Jericó representó el segundo gran obstáculo. Era una ciudad fortificada, aparentemente imposible de conquistar para un pueblo sin estrategia militar ni armamento adecuado. Sus habitantes se sentían seguros tras sus murallas y confiaban en sus propios dioses.

Dios dio a Josué una estrategia inesperada: rodear la ciudad durante seis días y, al séptimo, dar siete vueltas y gritar al sonido del sofar. No fue la fuerza humana la que derribó las murallas, sino la obediencia del pueblo. Al grito y al sonido de las bocinas, las murallas cayeron y la ciudad fue vencida sin resistencia.

La consecuencia del pecado oculto y el anatema

Dios había advertido claramente que Jericó sería consagrada a Él y que nadie debía tomar del anatema. Sin embargo, Acán desobedeció y tomó objetos prohibidos, ocultándolos. Este pecado personal trajo consecuencias colectivas, demostrando que el pecado de uno puede afectar a todo el pueblo.

Dios no acepta el pecado oculto. Los pecados deben ser llevados a la luz y tratados. Cuando se esconden, provocan que Dios se ponga en contra del creyente, no para destruirlo, sino para corregirlo y restaurarlo.

La derrota en Jai y la crisis espiritual

Tras la victoria en Jericó, Israel subestimó la ciudad de Jai. Josué envió un pequeño grupo sin consultar a Dios, confiando

en su propia evaluación. El resultado fue una dolorosa derrota y la muerte de treinta y seis hombres.

Esta derrota reveló que algo estaba mal espiritualmente. La falta de consulta a Dios y el pecado oculto rompieron la comunión. La humillación llevó a Josué a postrarse ante Dios, reconociendo que la victoria no depende de la fuerza, sino de la presencia divina.

La búsqueda del pecador y el proceso de confesión

Dios reveló que había pecado en Israel y estableció un proceso para identificar al culpable. A través de suertes, se llegó hasta Acán, quien tuvo múltiples oportunidades para arrepentirse antes de ser descubierto.

Cuando finalmente confesó, su confesión fue tardía y motivada por la evidencia, no por un arrepentimiento genuino. Esto trajo juicio sobre su vida, mostrando que confesar solo por miedo no produce gracia.

La importancia de la confesión sincera y el perdón

La confesión verdadera comienza reconociendo que el pecado es, ante todo, contra Dios. Aunque Dios perdona, no siempre elimina las consecuencias. La enseñanza central es que a Dios le importa más la sinceridad del corazón que las victorias externas.

Ocultar el pecado conduce a derrota, mientras que confesarlo trae limpieza. La vida espiritual sana se basa en la virtud, la transparencia y el perdón, sin culpar a otros ni justificar la desobediencia.

El valle de Acor como recordatorio de la obediencia

El valle de Acor se convirtió en un monumento de piedras que recordaba las consecuencias de la desobediencia. Este lugar marcó uno de los episodios más trágicos del pueblo de Dios y sirvió como advertencia para las generaciones futuras.

El mensaje es claro: es mejor tener a Dios con nosotros que contra nosotros. La obediencia mantiene viva la comunión y evita repetir errores que conducen al dolor.

La piedra viva y la importancia de la obediencia

La enseñanza culmina señalando a Jesús como la piedra viva y principal del ángulo. Quien edifica su vida sobre Él no será avergonzado. Para los obedientes, Cristo es fundamento; para los desobedientes, piedra de tropiezo.

Dios no busca una amistad superficial, sino una relación basada en la obediencia. Ser amigo de Dios implica hacer su voluntad y permitir que Él gobierne la vida.

La santificación y la limpieza del corazón

Dios permite batallas y desafíos para santificar el corazón. Solo trata aquello que está a la luz, por lo que la sinceridad es esencial. La vida espiritual requiere limpieza constante, evitando que el pecado vuelva a acumularse.

El llamado final es a permitir que la palabra de Dios arranque aquello que daña el corazón, tomando la sangre de Jesucristo para vivir santificados. De esta manera, Dios estará con el creyente en medio de todas las batallas de la vida.